

RUPESTRE

Aún teñido de azul, el alba emerge de la noche glacial. Al tiempo se disuelven las sombras y se aclara el aire, tan puro que escuece en la nariz al respirarlo. Detrás de las colinas, donde termina lo conocido, la bola colorada del sol no ha levantado aún el vuelo.

Desgreñado y patizambo camina por la vaguada, madrugador como todos los animales. Si acaso distinto de ellos por su rostro, no del todo cubierto de pelos. Y por la piel de oso con aberturas para el cuello y los brazos.

Cuando cambia el terreno, o se interpone algún accidente, se detiene antes de salvarlo y olisquea el aire. Ahora, con el deshielo, los torrentes bajan crecidos. A veces desbordan el cauce y hacen cambiar el paisaje. Es más seguro confiar en el olfato para regresar, después de la caza, al abrigo de la cueva.

La cueva. El único lugar de todo el valle donde hay cosas que le pertenecen. Otro venablo como éste que lleva en la mano, con su vara flexible y su punta de cortante sílex amarrada con cáñamo. Un cuenco con grasa para embrear. Y el liso vientre mural sobre el que ha garabateado algunas filigranas con la humeante sangre de un cervatillo.

Así, ha acotado para él aquel antro, a su vez dentro de la gran gruta en la que se resguardan todos del frío.

De momento, ninguno de los otros ha encendido su fuego en la pequeña cámara donde guarda él sus pedruscos, los filosos para cortar y los romos para machacar. Y donde, desde hace algunas lunas seguidas, se viene acoplando con una de la otra raza, la de piel lisa, sin pelos en la cara ni colgajo en la entrepierna. Antes lo había hecho con otras, cuando se notaba inquieto por oscuros deseos que tenía que evacuar. Pero luego se separaban sin más. Con ésta, sin embargo, compartía el rincón, donde permanecían juntos aunque no estuvieran entrelazados.

Durante una estación de las lluvias ella empezó a ponerse gorda. Hasta que expulsó por entre los muslos, igual que las bestias de cuatro patas, a uno igual que él. Sólo que sonrosado y mucho más pequeñito. Y muy torpe, lo único que sabía hacer era chupar de la ubre hinchada de ella.

El diminuto era algo así como lo que sería él en comparación con los gigantes que habitarían al otro lado de las colinas. Tendrían que ser enormes, porque su vozarrón tronaba desde lo alto de la montaña, y al entrechocar las piedras del cielo las chispas relampagueaban en todo el valle.

Claro que, aunque muchísimo más grandes, esos gigantes debían de ser de la misma especie que él. Sí, como él, que se encogía de frío o reía cuando le mandaban el deshielo. En cambio las otras bestias de la llanura, las de cuatro patas, no se inmutaban ni por la nieve, ni por la lluvia, ni por el calorcito que derretía.

En este irisado amanecer, él tiene ya las nalgas coriáceas y las plantas de los pies encallecidas, como los animales viejos. Pero los gruñidos que habitan en su cabeza son muy jóvenes aún. A veces siente allí dentro una especie de sed que no es de agua. Como

cuando uno de los garabatos le salió asombrosamente parecido al bisonte embistiendo, y se empeñó en repetirlo a posta.

Otra vez fue una noche, en que vio a uno llevarse ambas manos a la barriga, como si tuviera una estaca clavada, y luego ponerse a aullar. Era igual que ella mientras paría. Sólo que al amanecer ella estaba únicamente más delgada. En cambio, el otro estaba rígido, y no se movía por más que lo pinchaban. Entonces a él empezaron a arderle las sienes de tanto hacerse preguntas. Porque a los que encontraban despedazados entre los matorrales era evidente que los había matado una fiera. Pero, ¿qué fiera había matado a éste desde dentro?

Estuvo contemplando al muerto hasta que empezó a oler como la carne que no se purifica por el fuego, momento en que dos de sus compañeros de caza se lo llevaron. Él se quedó pensando. Por primera vez pensando. Por primera vez aprendiendo de lo que había visto. Y lo que había visto era morir.

Pone los ojos de aprender en lo que más cerca tiene. En ella, la de piel lisa, con la que se entiende sin gruñir apenas. Ella, que lo reconoce más fuerte y lo sigue como el perro que él no tiene. Lo que sí tienen los dos, a medias, es el pequeño a cuya presencia se ha acostumbrado. En ocasiones el mamoncillo llora hasta exasperarlo, y ganas le dan de echarlo de la cueva. Pero cuando calla siente algo extraño. Siente que el niño es otro, distinto de él, y al mismo tiempo una parte de él. Está cada vez más grande, y si algún día tuviera la mala fortuna de ponerse rígido y dejara de vivir, eso le dolería como si una bestia le arrancara un brazo de cuajo.

Puede que las bestias de cuatro patas sientan dolor, piensa. Pero no temerán el dolor, los gigantes deben de reservar eso para él.

Eso, el temor a lo que pueda ocurrir, es lo que atraviesa como una flecha la noche de su cabeza. Al fondo de la cueva ha estallado una pelea entre cazadores, por la

carne del mastodonte abatido. Están aullando y golpeándose con grandes huesos de animal. Alguno yace ya en el suelo con la cabeza partida, inmóvil.

Se van sumando todos a la carnicería, sin que haya bandos definidos. Sólo un empeño por sobrevivir a costa de matar.

Como el fuego, el griterío se aproxima a la cámara de las pinturas. Con su cuerpo él intenta protegerla a ella, que a su vez acurruca a la cría contra su pecho.

En el pensamiento rupestre del artista se dibuja el trazo de una experiencia. Es la que más enseña, y más tarde lo hace: la de la muerte que se acerca.

Julián Granado